

Antielitista más que progresista: América Latina hoy

Marisa Glave R.

Sumilla

América Latina no ha reeditado el ciclo progresista que vivió la primera década del siglo. La elección de gobiernos de distintas izquierdas hoy tiene características y dimensiones marcadamente diferentes; no logra construir referentes comunes ni parece tener capacidad política para implementar las urgentes transformaciones que las sociedades que los eligieron demandan.

MUCHAS PERSONAS HAN HABLADO DE UN POSIBLE NUEVO «ciclo progresista» en la región tras el triunfo electoral de opciones asociadas a la izquierda y centro izquierda en los últimos cinco años. Elecciones como las de Andrés Manuel López Obrador (AMLO) en México (2018), Alberto Fernández en Argentina (2019), Luis Arce en Bolivia (2020), Pedro Castillo en Perú, Gabriel Boric en Chile y Xiomara Castro en Honduras (2021), junto a las más recientes de Gustavo Petro en Colombia y Luiz Inacio Lula Da Silva en Brasil (2022), marcan un reposicionamiento político de este sector. Reposicionamiento que, siendo una condición esencial para hablar de un posible nuevo ciclo en América Latina, no es suficiente. Como señala Manuel Canelas, no todo lo que brilla es un «ciclo»¹.

Contener la ilusión que puede causar estas elecciones a quienes sentimos afinidad política por opciones que reivindican la justicia social es clave para que el deseo no se imponga, para que no perdamos de vista la realidad. Nuestra región atraviesa por un momento particular de descrédito de la clase política en general, de rechazo a las élites en particular y de agotamiento de la legitimidad de la democracia, factores que pueden estar a la base de los resultados electorales antes señalados. Así pues, más que estar frente a un alineamiento ideológico claro en la región,

¹ Canelas, Manuel. «América Latina: No todo lo que brilla es 'ciclo'». *Nueva Sociedad*, n.º 269. Buenos Aires: Fundación Friedrich Ebert (FES), 2022, pp. 35-43.

estamos ante un momento de rechazo al *statu quo*. Una reacción «anti» más que «pro».

Esta reacción puede ser usada por las diversas izquierdas de la región, pero no solo por ellas, pues distintas opciones de derecha extrema pueden atraer a ese electorado y representarlo. Un ejemplo de ello es el surgimiento y la elección de una figura como Javier Milei en Argentina, que no es una excepción, dando cuenta de algunas tendencias que merecen ser observadas, como por ejemplo el «antielitismo»², el «antiprogresismo» y la «anticorrección política»³, que comienzan ya a jugar un rol importante en los procesos políticos regionales.

¿Qué caracterizó el llamado «ciclo progresista»? (2005-2015)

Los antecedentes del llamado «ciclo progresista» de América Latina se marcan con el inicio de los gobiernos de Hugo Chávez en Venezuela (1999), de Lula Da Silva en Brasil (2003) y de Néstor Kirchner en Argentina (2003). Las elecciones de Rafael Correa en Ecuador, Evo Morales en Bolivia, Tabaré Vázquez en Uruguay y Michelle Bachelet en Chile consolidan dicho ciclo, que se extiende incluso hasta el gobierno de Ollanta Humala en el Perú (2011)⁴.

Pero lo central no fue solo la elección de estos gobiernos, sino los elementos comunes y la estrategia compartida. Siguiendo a Ángel Arellano, todos ellos, con matices e intensidades diferentes, denuncian el rol de Estados Unidos en un comercio desigual desde

² Titelman, Noam. «Recambio generacional y antielitismo». *Nueva Sociedad*, n.º 303. Buenos Aires: FES, 2023, pp. 88-97.

³ Stefanoni, Pablo. *¿La rebeldía se volvió de derechas? Cómo el antiprogresismo y la anticorrección política están construyendo un nuevo sentido común*. Madrid: Siglo XXI, 2021.

⁴ Arellano, Ángel. «¿Una nueva “ola progresista” en América Latina? Aproximaciones conceptuales y coyunturales». *Astrolabio. Revista Internacional de Filosofía*, n.º 25. Barcelona: Facultad de Filosofía de la Universidad de Barcelona, 2022, pp. 73-90.

los Tratados de Libre Comercio (TLC) y plantean la necesidad de construir una propuesta geopolítica alternativa; reconocen el rol de Cuba en la tradición izquierdista regional –sin volverla un referente político de gobierno e incluso marcando diferencias–; y comparten un tiempo de gobierno marcado por el crecimiento económico de la región, una especie de época de «oro», particularmente alentada por el *boom* de los minerales, lo que permite un incremento en la caja fiscal para el desarrollo de nuevas políticas sociales.

Un momento suramericano de integración

El «ciclo progresista» se caracterizó por la creación de instituciones de integración sudamericana que han marcado a la región. La primera, desde una perspectiva de desarrollo, fue la Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Suramericana (IIRSA), un sistema de planificación y financiamiento de grandes proyectos de infraestructura regional, particularmente de carreteras interoceánicas que atravesasen Sudamérica, conectando los océanos Pacífico y Atlántico. Con un particular protagonismo de Brasil, tanto de su presidente Lula Da Silva como de las empresas brasileras⁵, este organismo logró sumar 12 países. La IIRSA se lanzó el 2000 y luego fue absorbida, el 2011, por la Unión de Naciones Suramericanas (Unasur) como foro técnico de planificación.

La Unasur, organismo de integración suramericano, nace con un tratado el 2008 e inicia su operación formal a fines del 2010. La primera presidenta *pro tempore* fue Michelle Bachelet y el primer secretario general –con sede en Quito– fue Néstor Kirchner, expresidente de Argentina y una de las figuras más importantes de este ciclo. Este organismo cobra relevancia durante el tiempo de los gobiernos progresistas, pero no logra trascenderlos. Desde

⁵ Esto ha manchado el desarrollo posterior de la iniciativa, por el vínculo de algunas de estas con caso Lava Jato.

el 2018, en adelante, varios países suspenden por tiempo indefinido su participación. Recientemente ha logrado reactivarse, con la elección de nuevos presidentes del «progresismo», pero de manera más simbólica. No ha recuperado el rol que tuvo al momento de su creación y dada la agenda actual de los gobiernos de turno, es poco probable que lo logre.

Liderazgos fuertes y proyectos de largo aliento

Este «ciclo progresista» ha sido también analizado bajo la lógica de un ciclo de gobiernos populistas en la región⁶, centrándose en el peso de los liderazgos de quienes encabezaron los gobiernos antes citados. Calificándolos como populismos de baja o de alta intensidad, Maristella Svampa pone en relieve que son gobiernos con centralidad en la autoridad del líder, que se construyen bajo la lógica del antagonismo y la polarización entre solo dos sectores –tendiendo a la homogeneización que oculta la diversidad real que los compone–, y, en el caso de los populismos de alta intensidad, la centralidad estatista. Estos populismos tienen una tensión intrínseca entre elementos democráticos (de igualdad y de acercamiento entre representantes y representados/representadas) con elementos no democráticos, de ruptura del orden institucional. Entre los tipos de populismo que hemos visto en la región en este ciclo, Svampa también anota la diferencia entre proyectos de carácter más plebeyo frente a otros de clase media.

Estos gobiernos se caracterizaron, también, por empujar transformaciones en sus países. Algunos, los más reformistas, centrados en la igualdad económica y en la ampliación de políticas sociales, otros, los más radicales, buscando procesos de refundación. Destacan los casos de Venezuela, Bolivia y Ecuador,

⁶ Svampa, Maristella. «América Latina: Fin de ciclo y populismos de alta intensidad». En: Eduardo Gudynas, Maristella Svampa, *et al.*, eds. *Rescatar la esperanza. Más allá del neoliberalismo y el progresismo*. Barcelona: Entrepueblos, 2016.

que incluyeron procesos constituyentes y redefiniciones expresadas de sus propios Estados. Para llevar a cabo estas transformaciones han existido visiones, proyectos y capital político y social, no sin protestas ni conflictos, muchas veces altamente disruptivos, sobre todo con sectores sociales opuestos al extractivismo, lo que ha sido uno de los elementos de mayor crítica a este período⁷.

Más allá de sus límites y de las válidas críticas, los proyectos existieron y eran de largo aliento, buscando mecanismos de permanencia, sea personal o de miembros del mismo instrumento político, pero que trascienden un solo periodo de gobierno.

Diferencias entre el llamado «ciclo progresista» y los actuales gobiernos de izquierdas hoy en la región

Varias son las diferencias y no se pretende elaborar una lista completa. Para marcar la distancia, se han seleccionado tres, que se desarrollan a continuación.

¿Progresistas o conservadores?

Una de las diferencias a resaltar entre el llamado «ciclo progresista» y la elección de gobiernos de izquierdas hoy, es la gran diversidad programática e incluso ideológica entre sus representantes, al punto de que el título «progresistas» no logra agruparlos. Diferencias que antes también existían, pero que hoy se profundizan tanto que generan tensiones que no permiten la consolidación de agendas comunes. Por ejemplo, las agendas políticas como la de género y la ambiental generan brechas profundas, colocando a varios gobiernos de izquierdas en el lado conservador del espectro, en

⁷ Gudynas, Eduardo. «El nuevo extractivismo progresista en América del Sur. Tesis sobre un viejo problema bajo nuevas expresiones». En: Alberto Acosta, Eduardo Gudynas, *et al.*, eds. *Colonialismos del siglo XXI. Negocios extractivos y defensa del territorio en América*. Barcelona : Icaria Editorial, 2011.

tanto a ampliación de derechos se refiere. No es extraño encontrar declaraciones de AMLO en contra de la agenda ambiental o del expresidente Pedro Castillo y su gobierno contra la agenda de género, en particular contra la comunidad de Lesbianas, Gais, Trans, Bisexuales e Intersexuales (Lgtbi).

Pero la diferencia se marca también en relación a la valoración misma de la democracia, tema que muchos/muchas creían saldado. Un parteaguas, al menos con figuras como Gabriel Boric en Chile, es la posición frente a gobiernos como el de Daniel Ortega en Nicaragua o de Nicolas Maduro en Venezuela, que no se constituyen, ni siquiera discursivamente, en referentes históricos consensuales de las izquierdas de la región, como fue el caso de Cuba en el ciclo progresista pasado, sino que por el contrario, son calificados como gobiernos conservadores, corruptos y seriamente cuestionados por ejercicios represivos que no salvan ningún filtro de derechos humanos.

Polarización política y social: elecciones ajustadas con divisiones equivalentes del electorado

Otra diferencia se encuentra en el proceso mismo de elección de los representantes del «ciclo progresista» del inicio del siglo XXI y de quienes son parte de los gobiernos de izquierdas hoy. Salvo la elección de AMLO en México y de Luis Arce, candidato del Movimiento al Socialismo (MAS) de Evo Morales en Bolivia, que ganaron por una amplia mayoría, superando a sus contrincantes por más de 20% de los votos, el resto de presidentes que serían parte del «nuevo» ciclo tuvieron elecciones muy reñidas, ajustadas numéricamente, en escenarios de altísima polarización, donde la distancia entre ellos y sus contendores no es significativa.

Este tipo de procesos genera una consecuencia que afecta las posibilidades de la conformación de un nuevo ciclo, más allá de haber resultado electos, por la dificultad de plantear medidas

transformadoras profundas. En este sentido, un tema fundamental es la falta de mayorías absolutas en los Poderes Legislativos, lo que los fuerza a formar alianzas de gobierno más amplias, con sectores políticos de centro e incluso de derecha. Muchas de estas alianzas, precarias, se rompen en el camino y dejan abiertas puertas de acoso político e incluso de remoción.

Sea por este contexto o por un agotamiento de propuestas programáticas, los nuevos gobiernos de izquierdas no parecen tener la fuerza para poner en marcha medidas de transformación social. Solo tres, Gustavo Petro, Gabriel Boric y Pedro Castillo, han presentado propuestas de reforma tributaria, poniendo en el centro –al menos temporalmente– el debate en relación al pacto fiscal como estrategia de redistribución. Hasta ahora solo una de estas propuestas, la colombiana, ha logrado su aprobación. Se espera que la reforma planteada ahí logre un incremento en la recaudación de cerca de 5000 millones de dólares anuales ¿Logrará su plena aplicación el gobierno de Gustavo Petro, jaqueado hoy por escándalos vinculados a la financiación de su campaña? De lograr su plena implementación, ¿se volverá un ejemplo que inspire nuevos procesos en la región? No lo sabemos, lo cierto es que a la fecha no tenemos una propuesta regional, ni de los gobiernos de izquierdas electos, que apunte a ese Norte.

Oposiciones radicalizadas: la extrema derecha en la región

Otra diferencia importante entre el «ciclo progresista» y los actuales gobiernos de izquierdas es el surgimiento de actores políticos de derecha extrema en la región que disputan también un electorado popular. Se han instalado actores políticos que no entran en el juego democrático de la competencia entre adversarios, sino que tienden al enfrentamiento entre enemigos, a quienes hay que destruir. La política que se ejerce es la de la lapidación, potenciada por el incremento del peso de las redes sociales en el debate político.

No cabe duda de que la pandemia de COVID-19 dejó un conjunto de secuelas, sociales y económicas, que han marcado el desencanto en la región, al mostrarnos claramente la distancia entre el discurso de derechos básicos y la realidad de las administraciones públicas, carentes de capacidad para proteger a sus ciudadanos y ciudadanas. El Perú es el caso extremo, tanto en número de muertos y muertas, como en incapacidad para dar oxígeno a su población. Pero junto con el golpe económico que significó una de las caídas del Producto Bruto Interno (PBI) más fuertes de la región y el golpe social que representó la cantidad de personas fallecidas, la pandemia tuvo en impacto cultural profundo al forzar la incorporación de las tecnologías de la comunicación de una manera no pensada en toda la sociedad peruana.

Pero la democratización del uso de nuevas herramientas de comunicación e información no garantiza la calidad del contenido. Las llamadas *fake news* han facilitado la lógica de trincheras y de bandos. Los medios ya no sirven para la información, sino para la confirmación de posiciones, agudizando así los procesos de polarización que vivimos. En este escenario, el surgimiento de una derecha extrema se facilita.

Descontento y rechazo generalizados

El informe 2023 del Latinobarómetro lleva un título muy sintomático: *Recesión democrática de América Latina*. Ahí se puede encontrar que solo el 48% de latinoamericanos y latinoamericanas creemos que la democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno. En el 2010, aun en el ciclo progresista anterior, éramos el 63%. El deterioro y la pérdida de legitimidad de la democracia es un fenómeno que nos atraviesa y que nos interpela.

Tiene sentido en esta línea que solo el 28% en la región se sienta satisfecho con la democracia, frente al 45% del 2009. El Perú aparece con un porcentaje dramáticamente inferior: solo el 8% de

las y los ciudadanos se siente satisfecho con la democracia acá. Se ha vaciado de contenido, se ha vuelto un discurso lejano, ajeno a la realidad social, económica y política que se vive de manera cotidiana. El Estado no es de todas y todos, es solo de algunos y algunas y de sus intereses. Los actores políticos son vistos como los responsables de la situación en la que estamos. El 77% en la región cree que los partidos no sirven, porcentaje que crece en nuestro país al 90%.

Este rechazo a quienes han manejado el gobierno y los países, el rechazo a la élite, se consolida en la región. En muchos casos empató con la agenda de grupos de izquierdas, pero en determinados contextos el antielitismo configura opciones no progresistas e incluso antiprogresistas. En el caso de Chile, estar en contra del gobierno de Gabriel Boric terminó significando estar en contra del proyecto constituyente que se consultó⁸, el cual, tras su rechazo, abrió las puertas a un nuevo proceso que, en manos de un consejo constitucional, liderado por la ultraderecha chilena, también resultó rechazado por la ciudadanía. En Argentina, el antielitismo abarca tanto a los partidarios de Mauricio Macri como a los kirchneristas, permitiendo la elección de una figura como la de Javier Milei con el discurso del combate a la «casta».

Queda claro, entonces, que la incapacidad de los gobiernos de izquierdas de plantear transformaciones a la realidad que agobia a la inmensa mayoría, así como su burocratización al llegar al poder, permiten que la capacidad de indignarse frente a lo que ocurre en nuestros países, asociado en parte a lo que hacen o no nuestros Estados, sea también capitalizado por las derechas⁹.

En una reciente publicación, Alberto Vergara sostiene que en realidad en América Latina lo que hay es un «atasco», un

⁸ Titelman, Noam. «Recambio generacional y antielitismo». *Nueva Sociedad*, n.º 303. Buenos Aires: FES, 2023, pp. 88-97.

⁹ Stefanoni, Pablo. *¿La rebeldía se volvió de derechas? Cómo el antiprogresismo y la anticorrección política están construyendo un nuevo sentido común*. Madrid: Siglo XXI, 2021.

inmovilismo que no permite salidas y que solo agudiza la crisis política y económica de nuestros países. Así pues, no estaríamos en ninguna vía de desarrollo, sino en un pantano con aguas cada vez más pestilentes. Tras una revisión de diversos episodios de protesta en nuestros países, concluye que no estamos ante ciclos neoliberales o progresistas, sino ante el hartazgo generalizado que lleva a las oposiciones a ganar las elecciones. En las 17 elecciones revisadas entre el 2018 y el 2022, nueve (9) las ganó algún partido de izquierdas y ocho (8) alguno de derechas, pero lo que resalta el autor es que en todas perdió el oficialismo. Lo que tendríamos, entonces, no es un reordenamiento político, sino una disconformidad generalizada con lo que se hace desde el Estado, sea del espectro político que sea. Finalmente, lo que estaría manifestándose es una reacción a una trampa de repúblicas a medias¹⁰.

Un nuevo ciclo progresista en América Latina requeriría de actores políticos que construyan una visión conjunta de la región, de su rol estratégico y de políticas comunes frente a dilemas actuales como los de la migración, las economías ilegales y el crimen organizado, que la atraviesan y que afectan duramente la vida de las personas y su proyección de futuro. Hay grandes temas pendientes también, como el impulso a un desarrollo económico inclusivo y solidario, la protección del medioambiente (particularmente de la Amazonía, amenazada por el cambio climático y la deforestación), políticas de igualdad y reconocimiento, de ampliación de los espacios de participación ciudadana ante el descrédito de la clase política y un posicionamiento claro y absolutamente transparente frente a la corrupción.

¹⁰ Vergara, Alberto. *Repúblicas defraudadas: ¿Puede América Latina escapar de su atasco?* Lima: Editorial Planeta, 2023.